

Estudio Goya

Quienes, como el Estudio Goya, han dado tanto tiempo la cara en nuestra pintura, por igual en tiempos de bonanza y de dificultades extremas, reclaman el máximo respeto e interés pese a las inevitables limitaciones de espacio. Recuérdese que la sociedad, establecida en 1931, se proponía «...crear en Zaragoza la fundación de un Círculo de Bellas Artes, encauzar el movimiento artístico, organizar muestras y fomentar entre los amantes de la belleza la admiración de sus incomparables lugares, velar por el patrimonio que nos legaron nuestros antepasados y, en una palabra, colocar a Aragón artísticamente en el lugar que merece». A quienes desean ahora conocer los avatares del grupo que se propuso entonces tales metas recomiendo el libro que acaba de publicar Jaime Esain, «Biografía nostálgica del Estudio Goya». El autor ha reproducido el catálogo de la colectiva que se hizo a finales de 1932, en el que figuran dichos propósitos. Por mi parte, he seguido y conozco bien su cumplimiento, así como las valiosas iniciativas a que dieron lugar en diversas etapas.

Entre ellas procede y es muy actual, sin duda, rendir este año homenaje al santo patrón que les da nombre, puesto que se celebra el 250 aniversario del nacimiento de Goya y el 200 de su ingreso en la Academia de San Luis. No se trata de un acto conmemorativo más y pocos están tan justificados. En cuanto a su enfoque, asume un auténtico reto, porque plantea pintar con la obra gráfica como punto de partida, y nunca resulta fácil tra-

ducir un lenguaje específico a otro, el dibujo a colorido en este caso. Al fin y al cabo los colores, según pensaba Brusatin, no son cuerpos, sino «figuras», más simple apariencia que forma. Esta rige a poco que se le permita. Pero no basta con rellenar siluetas, sino que cada medio ha de ser fiel a sus características definidoras. Identificaremos así grados en el «d'après» Goya (cuadro según o a imitación de nuestro artista). E incluso el mismo participante nos señala todo un camino que escalonaríamos, como sucede con Luis Estevan, sobre todo en la Agrupación. Mientras que otros, como López Palomeque, empiezan directamente muy lejos del modelo, y algunos, como Esther y Ruth Sevil, hacen gala de color y sencillez descriptiva, o replican en dramáticas manchas de materia (José Bartolomé con «La muerte del alcalde de Torrejón»). No faltan versiones con inquietudes ideológicas cuyo ejemplo serían las de Enrique Alfaro. Cuantos se relacionan destacan en el conjunto, distinción a la que se suman Jesús Blasco en Torre Nueva y José Luis Blasco en las dos salas, o Pilar Herrera —que casi abstractiza el motivo—, Domingo Sanz Azcona, Gaspar Ranera y Mercedes Asensio. En dignísimos términos se mueven también Pedro Beltrán, Luis Beltrán, José Arguedas, Alfredo Arguedas, Mariano Castañeda, Santiago Ríos, Vicente López e Isabel Espinosa. Lamentaría olvidar alguna nota considerable; pero en los catálogos faltan y sobran nombres. El balance, sea como fuere, tiene sentido y descubre aspectos de oficio y de capacidad expresiva. Y siempre de atenta mirada y admiración.—A. A.